

CONTRA LOS TALIBANES DEL ECOLOGISMO

(El Manifiesto del Tourmalet)

Ignacio Quintana*

Carta abierta al Presidente del Gobierno de España en Los Oscos

El pasado domingo 5 de agosto, representantes de asociaciones ganaderas de los Altos Pirineos franceses, cansados por los continuos daños producidas por determinadas especies salvajes, aprobaron el llamado Manifiesto del Tourmalet. El acto, coincidiendo con su fiesta tradicional de los pastores, tuvo lugar en los espléndidos pastizales del Tourmalet, puerto de alta montaña por el que pasa una de las más importantes pruebas ciclistas del Tour de Francia.

En este Manifiesto se critica el hecho de que la política de protección de la naturaleza, así como la tan traída y llevada biodiversidad, se identifican, finalmente, con una política proteccionista y permisiva de las especies salvajes que la Administración define como “emblemáticas”. Un ejemplo es el lobo, que se alimenta en nuestros montes devorando los desprotegidos ganados, también en libertad, propiedad de sus campesinos. La Administración, vigilante en este caso, marea a los sufridos pastores y ganaderos de alta montaña con papeles burocráticos, así como les paga sus daños, tarde, mal y, a veces, nunca. Sin embargo, “al contrario que los ideólogos talibanes del ecologismo -dice este rotundo Manifiesto-, los científicos están muy preocupados por la pérdida de la biodiversidad en general y la agrícola en particular”

La Administración siempre está “asustada”, electoralmente, por unos determinados colectivos ecologistas, con mucho poder mediático, ecologistas, sobre todo urbanos, especialmente amantes de esas especies salvajes “emblemáticas”. Es bueno y saludable, lógico y positivo. El problema está en unos sectores muy concretos de la Administración, en los que gobiernan unos funcionarios-ecologistas (talibanes), que se dedican, cómodamente, a talibanes político-ecologistas, los que han tirado a la papelera las bien intencionadas directrices sobre el medio ambiente y el desarrollo, aprobadas en la Conferencia de Río de Janeiro de 1992, la importantísima y, entonces, optimista Cumbre de la Tierra.

Ese Manifiesto del Tourmalet, aprobado este verano por un puñado de asociaciones rurales de los Altos Pirineos, recuerda, como ejemplo, aquellos antiguos, que no anticuados, principios 14.65 y 22 de esa Cumbre de la Tierra:

<<Es indispensable preservar la diversidad actual de razas de animales para hacer frente a las necesidades del futuro /.../ puesto que presentan unas características únicas en cuanto a la adaptación, resistencia a las enfermedades y utilización específica. Están amenazadas a consecuencia de las modificaciones introducidas en los métodos de cría del ganado. /.../ Las poblaciones y comunidades autóctonas tienen que desempeñar un papel vital en la gestión del entorno y del desarrollo por el conocimiento que tienen del medio y de las prácticas tradicionales. Los Estados deberían reconocerles su identidad, su cultura, sus intereses y otorgarles todo el apoyo necesario>>.

¡¿Otorgarles todo el apoyo necesario?! Así decían en aquel entonces en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro; y hoy lo repiten, a voz en grito, los defensores de una despreciada

población rural que, desde su Manifiesto del Tourmalet, pretenden mantener “unas montañas vivas, creadoras de una biodiversidad con rostro humano”.

En la campa del Tourmalet, Vincent Pelegry, Presidente de los Jóvenes Agricultores del Canton de Luz, entidad anfitriona de esa rural y bulliciosa asamblea de asociaciones ganaderas de los Alto Pirineos, concluyó esta proclama:

<<¡Ganaderos, pastores, montañeros, profesionales y usuarios de las montaña de Europa, investigadores, intelectuales, desde aquí hacemos un llamamiento para que os unáis a nosotros apoyando este Manifiesto del Tourmalet, para pedir que se pongan en práctica las decisiones de la Conferencia de Río de Janeiro de hace 15 años!>>.

Este movimiento asociativo pirenaico francés, ha entrado en contacto con asociaciones alpinas. También, a través de la conocida APGOA (Asociación de Pastores y Ganaderos del Oriente de Asturias), ha conectado con otras asociaciones asturianas afectadas por los daños de los lobos. Este movimiento francés está preparando una nueva asamblea explicativa de sus proclamas y reivindicativa de sus objetivos. Nueva asamblea que será franco-española y segundo Manifiesto del Tourmalet.

En el caso de Asturias, se ha creado la plataforma MEGADALL (Mesa de Ganaderos de Daños de Lobos) para exigir las soluciones de este problema. Recientemente, después de una frustrada reunión con el Director General de Biodiversidad y Paisaje (¡que título!), María José Díez Jaular, ganadera y portavoz de MEGADALL, ha declarado que esta plataforma reúne ya diez asociaciones que representan a ganaderos de veinticinco concejos. La portavoz de esta plataforma resume sus reivindicaciones en siete puntos. El más importante es que la Administración declare los territorios de esas asociaciones rurales como “zona libre de lobos”, al igual que los pastores y ganaderos de la APGOA consiguieron que la Sierra de Cuera, primer escalón de los Picos de Europa, fuera declarada libre de lobos, después de meses de presiones políticas y de batidas serranas que eliminaron una docena de lobos que assolaban sus rebaños. Ahora va a proponer a la Administración autonómica y estatal que ponga en marcha un Plan de Desarrollo Rural (P.D.R.) en esa Sierra de Cuera, plan del que ya tienen sus criterios básicos y sus principales objetivos.

En las otras comarcas asturianas afectadas por el lobo, seguimos en una **situación salvaje** que el diccionario de la Lengua Española (RAE) la define, coloquialmente, como una “situación que no está controlada o dominada”. Pero la erradicación del lobo, como en el caso del Cuera, es solamente un asunto previo. Sin la rehabilitación y modernización de esas comarcas de alta montaña (¿una gran ocasión para el campo y la montaña de Asturias?), la sociedad rural se derrumba ante nuestros ojos. Sin los indispensables programas de desarrollo ganadero, forestal, agroalimentario y de turismo rural, no habrá manera de gestionar sensatamente estos territorios, perdiendo su riqueza cultural y económica.

*Ignacio Quintana (1941), ha sido presidente del Patronato del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga (1994) y subsecretario del Ministerio de Cultura (1985).